

La edición de esta obra es una joya, por la belleza de las ilustraciones hechas por el artista argentino Map, muerto, desgraciadamente, en hora temprana. El dibujante realizó una labor admirable, por la veracidad de sus cuadros, ajustados en todo a los documentos de la época, y reconstruyó, de acuerdo con la autenticidad de los datos y el vigor sobrio de su imaginación de artista, una etapa histórica que servirá grandemente a los estudiosos y a los novelistas que se decidan a escribir sobre ese sugestivo período de la vida chilena.—DOMINGO MELFI DEMARCO.



AMES ET VISAGES DU XX^e SIÉCLE, por *André Rousseaux*,—(Bernard Grasset, París).

Entre los críticos franceses, André Rousseaux se distingue por su honrada profundidad. Busca sus temas, a veces, en ambientes antagónicos a su conservantismo literario, pero lo hace con una probidad ejemplar que, en otros términos, podríamos definir, como estudios en simpatía.

Rousseaux rastrea las inquietudes de este siglo y fija su mirada en un grupo de espíritus móviles y representativos de los problemas de la inteligencia francesa. En la primera parte de su reciente obra *Ames et Visages du XXe Siécle* recorre la producción de Rolan Dorgelés, de Francois Mauriac y de Georges Duhamel. En la segunda parte, que domina «El desierto de la inteligencia» ahonda en la comprensión de Paul Valéry, de Jacques Lacretelle y de Jean Cocteau. En la tercera, el material es más vasto y se acerca bastante a las preocupaciones revolucionarias del arte de nuestro tiempo.

Ahí se pasa revista a Henri Pourrat, a Jean Giono, a André Chamson, a Jules Romains, a Paul Morand, a Henry de Montherlant, a Drieu La Rochelle, a Jean Guéhenno, a André Malraux, a Marcel Arland y a Georges Bernanos.

Rousseaux es un crítico de vasta cultura que sabe escoger de cada *escritor* lo más destacado de su pensamiento y de sus problemas íntimos. Así se explica el éxito de esta especie de panorama moral de nuestra época, que ha merecido entusiastas opiniones y una difusión enorme en Francia.

El tono general de la crítica de Rousseaux se identifica con la característica inconfundible de la literatura contemporánea: la sinceridad. Cree Rousseaux que los literatos de hoy se confiesan en público y aun en sus manifestaciones meramente verbalistas o destinadas a ganar lectores, revelan aspectos desgarradores del drama humano de la postguerra.

En *Ames et Visages du XXe Siécle*, se combina bien esa parte fisiológica de la crítica inspirada en el método de Saint-Beuve, con una comprensión alerta de los escritores que no participan de las ideas de Rousseaux.

El estudio con que se abre el libro está dedicado a Dorgelés y tiene el subtítulo de «La ilusión heroica». Dorgelés es uno de los más poderosos escritores que reveló la guerra. En su obra hay una inquietud renovada y un acento sincero de humanidad. Con él se rompe ese sueño pacífico que había en tantos espíritus, y de él parte un nuevo acento que destaca más tarde a un grupo intenso de artistas renovadores.

Mauriac es definido como el escritor de la adolescencia prolongada.

Es un narrador sabio y verista que no rehuye los problemas decisivos de la carne, a pesar de su catolicismo formal y de su tomismo filosófico.

En pocos libros vemos estudiado con mayor seguridad a este difícil novelista que, para mucha gente devota, constituye un peligroso índice de mundanas complacencias.

Mauriac, apenas deslinda en sus obras las fronteras del bien y del mal, según el tradicional concepto cristiano. Busca los temas difíciles, se acerca a hondos abismos pasionales y combina admirablemente la técnica perfecta con un estilo varonil y sobrio.

Rousseaux consagra en su libro un extenso estudio a Duhamel. Penetra muy seriamente en el espíritu de este gran novelista, revelado al mundo por la guerra. Difícil tema es el de este potente psicólogo que se ha hecho célebre con su *Confesión de medianoche* y con su *Diario de Salavin*.

Duhamel es escabroso, sutil y desconcertante en sus facetas mentales que van desde el buen sentido galo que coloca ante la nueva civilización yanqui, el paradigma ejemplar de la vieja Europa, hasta los análisis implacables en que disciplina su inquieta naturaleza.

Rousseaux comprende bien a Duhamel, y lo penetra conforme a cierto criterio moral que reaparece con fuerza en los estudios finales de tan sugerente desfile de hombres y problemas de nuestro tiempo.

Muy bien se pinta a Paul Valéry, cuando se le llama en estas páginas: el más puro tipo del ideólogo ebrio de absoluto.

Valéry es un verdadero aristócrata del pensamiento, que se aísla en una especie de voluntaria obscuridad, conseguida con insuperados refinamientos expresivos.

No se define en materia política, ni se acerca más de lo necesario al absolutismo de las afirmaciones religiosas, a pesar de que se han interpretado algunas de sus páginas recientes como una inteligente aproximación al catolicismo.

Valéry cree en el arte puro en cuyo reino interior se aísla como recurso de afirmación personal ante el derrumbe de todos los valores de nuestra desorbitada época revolucionaria. Por eso, lo define excelentemente André Rousseaux, al comprenderlo entre ciertos espíritus a los cuales no los satisface ni el desorden de las revoluciones, ni el orden, más formal que profundo, que las reprime.

Valéry decía a Gide en 1891: «La métrica es un álgebra». Dentro de esas normas estéticas Valéry ha cultivado, según Rousseaux, una especie de perfección desolada que es como el placer solitario de una orgullosa filosofía.

Jacques de Lacretelle es una sensibilidad cerebral que Rousseaux coloca bajo la definición de la inteligencia exilada.

En el extraño arte de Lacretelle hay una substancia de rara contextura. Ahí se nota la deserción de toda actualidad en un sentido que evoca los viejos cuadros o las vitrinas cubiertas por objetos perfectos y lujosos que han salido ya de la circulación.

En pocos estudios de este nutrido volumen admiramos mejor el penetrante espíritu de Rousseaux. Por algo Lacretelle es difícil y a veces impenetrable.

La agudeza analítica y la hondura psicológica de Rousseaux, ostentan aquí esas cualidades que han hecho de los críticos franceses los más representativos de Europa. Comprendemos que este libro haya levantado a Rousseaux a la altura de Gide, de Fernández, de Fay, de Cremieux, de León Pierre Quint, de Pierre Abraham y de Henri Massis.

Con Jean Cocteau, entra Rousseaux en el estudio de la inteligencia pervertida.

Resulta lógico que el sentido mesurado que advertimos en Rousseaux se manifieste disconforme con las estridencias y actuaciones espectaculares de Cocteau. Por esto, en su reajuste crítico, lo presenta como un espíritu que ha derrochado una finura admirable y una sutileza exquisita en aventuras intelectuales de la peor especie.

Rousseaux dedica una parte de su libro al análisis de los escritores que han nutrido sus creaciones en la naturaleza. Apunta con este motivo una de las ideas más excelentes de su vasto repertorio. En nuestro tiempo, el escritor rivaliza con el pintor y con este motivo adquiere un poder de precisión que antes ignoró.

Toda la querrela del naturalismo, del populismo y del neo-naturalismo estriba en este punto de vista que no comprenden tantos críticos, desmochados de toda inteligencia creadora.

En el arte moderno ha penetrado con violencia este con-

cepto, origen de páginas homéricas en las descripciones de un Conrad y de un Gorky, en los relatos rurales de Reymont y de Hardy, en las nuevas novelas soviéticas de Pilniak, Cholokhov, Leonof y Gladkov.

Rousseaux, dentro de originales perspectivas, presenta el arte de Henri Pourrat, Jean Giono y André Chamson. En estas magistrales páginas advertimos sugerencias de aplicación americana que podían recoger algunos críticos ciegos y sordos ante nuestra realidad mestiza y antes nuestros vastos y seductores paisajes vírgenes.

En Jules Romains se detiene con particular acuciosidad André Rousseaux.

El unanimismo, que tiene gérmenes disolventes de filosofía de masas y simpatiza con el comunismo, no puede entusiasmar a un crítico derechista.

De ahí que lo califique «como la consolación que el cuerpo puede dar a un filósofo que ha perdido el alma».

Jules Romains es uno de los escritores más difíciles de englobar en una síntesis rápida. Significa uno de los caracteres más disolventes de los valores tradicionales con su áspero humorismo, con su fuerza frenética y corrosiva, con su discriminación constante de todas las categorías éticas que somete a vigorosos tratamientos críticos.

Por ahí desliza Rousseaux una frase incisiva en que deja caer su causticidad sobre el espíritu normalista francés. Es, se pregunta, ¿un fetichismo de la cultura?

No menos bullentes de ideas y de atisbos analíticos son las páginas dedicadas a Paul Morand o el cronista planetario. Indica agudamente Rousseaux el diletantismo cultural de ese «desertor de lo divino» que, en su obra, rinde culto constante y férvido a lo novedoso y a lo sensorial.

Morand ha sido el gran cronista de lo cosmopolita, que empezó su vida novelesca con sus admirables *noches*, cargadas de emociones y de imágenes, hasta concluir rindiendo su espíritu

al culto de la novela corta que considera la mejor expresión del actual arte literario.

Consideramos uno de los más grandes aciertos de Rousseaux, el estudio que dedica en su magnífico panorama de valores a Morand.

Participamos de muchos de sus descontentos, frente a este hombre de rostro enigmático y de afebrada imaginación que ha olvidado al hombre y a su valor universal, por lanzarse en una busca ardiente de emociones, de paisajes y de síntesis pintorescas.

El arte de Morand es como el reportaje viviente y móvil de nuestro siglo, con todas sus modas, sus fiebres y entusiasmos voluntarios que se pierden tan pronto como se reemplazan por otras seducciones de la actualidad.

Llegamos a la última parte del libro que se titula: «La revolución o la muerte». Ahí se ahonda en el conocimiento de los últimos y más desesperados valores de la literatura francesa contemporánea: Montherlant, Drieu La Rochelle, Guéhenno, Malraux, Arland, Bernanos.

Montherlant es un viajero dramático y sincero, hijo espiritual de Barrés, que trata de extraer de la naturaleza un espiritualismo del universo. Este carácter hace destacarse sus páginas sobre lo episódico y anecdótico del viaje y las anima de una extraña y potente fuerza cósmica.

No menos intenso es el estudio que hace Rousseaux, de Drieu La Rochelle, otro gran temperamento desesperado frente a la angustia de la civilización que pierde su contenido ante la inminencia de un cataclismo social.

En seguida vienen unas espléndidas y ásperas páginas sobre Jean Guéhenno, espíritu progresista y humanitario que se ha nutrido con las savias espirituales de Michelet, de Renan y de Lammenais.

Rousseaux es algo incomprensivo del espíritu romántico de los nuevos revolucionarios franceses. Claro está que su desdén

finísimo se disimula bajo las excelentes formas de un discreto estilo.

Esta incomprensión lo hace ser relativamente injusto con André Malraux, a quien identifica con el no conformismo.

En Malraux hay una emanación ácida y espléndida de personalidad que se manifiesta en una vivísima, intensa y viviente acción que algunos relacionan con un enorme reportaje.

La moral de Malraux se identifica con la de sus personajes que son grandes y trashumantes aventureros.

Escritor joven, con poco más de treinta y dos años, ha peregrinado por las tierras convulsionadas del caos chino en los momentos de la gran revolución nacionalista, xenófoba y comunizante. Malraux arribó a China después de una discutida visita a la Indochina, donde tuvo incidencias con las autoridades del país por unos relieves procedentes de un viejo templo arruinado.

El temperamento ardiente e inquieto de Malraux halló un campo holgado para desenvolverse en el Extremo Oriente. Por esto inyectó un sólido interés cosmopolita y exótico a sus relatos que recuerdan a las novelas de Somerset Maugham y de Tomlinson.

Las novelas de Malraux tienen un tema central: su propia experiencia. Las aventuras del revolucionario que fué allí, son la materia de *Los Conquistadores*, su primera obra, y de *La Condición Humana*, que le valió el Premio Goncourt.

En China había entonces un pululante mundo de emociones de toda índole.

Aventureros de variada clase, animaban este enjambre humano: contrabandistas de armas y de estupefacientes, comunistas, nacionalistas, extranjeros descastados, individuos que buscaban su arraigo en un ambiente construído sobre bases diversas a las occidentales.

Malraux presenta en sus cautivadores libros una galería completa de personajes que se identifican con la acción. Unos

son revolucionarios, otros contrarrevolucionarios; unos europeos, los otros chinos.

No todos son revolucionarios convencidos. Algunos buscan en la revolución un medio para olvidar desengaños antes que un fin concreto y constructivo de un futuro justiciero.

Un personaje de *La condición humana*, que no cita en su breve estudio Rousseaux, explica con claridad el porqué del comunismo de los protagonistas de ese intenso libro de Malraux. «El marxismo—dice—no es una doctrina; es una voluntad; la voluntad de conocerse, de sentirse, de vencer...»

Por eso los personajes de Malraux se estrellan, cuando ha pasado el período de la acción pura, con las impurezas de la realidad, con los sordos burócratas y con los desvergonzados arribistas de la hora del éxito.

De ahí, que en último término, estos descontrolados individuos caen dentro del nihilismo que caracteriza a sus finales resoluciones.

Ahí está el no conformismo de Malraux que señala hábilmente Rousseaux, a pesar de ser limitado en la apreciación de tan grande escritor.

En Malraux, el amor no tiene sino un valor episódico que se hace más notable por su estilo seco y por la sobriedad de sus narraciones.

Con todo, en esas novelas hay un fervor humano admirable y un estímulo de mística activa y vitalista que no puede reducir el crítico Rousseaux tan adicto a las normas tradicionales del arte.

Concluye la obra de Rousseaux con dos estudios: uno sobre Marcel Arlan y el otro sobre Georges Bernanos, a quien exalta demasiado por su extraño temperamento cristiano, que ha producido sordas novelas místicas en que se mueven personajes poseídos de lo que el crítico llama «quijotismo espiritual».

Al terminar, Rousseaux trata de hacer un canto optimista

a las fuerzas eternas del espíritu y tiene páginas admirables por su sinceridad y por su emocionado patetismo.

En pocas partes hay mayor contenido que en una de sus últimas apreciaciones de conjunto, a propósito de Mauriac. Ahí se dice que el orden es para muchos objeto de conservación y no régimen de vida.

Rousseaux, que es un gran crítico y un escritor finísimo, siente también su vacío interior. En esas páginas presentimos, tal vez su desesperación cristiana, frente a la destrucción de un mundo en que se vive más de abstracciones y de apariencias que de sentimientos sinceros.

En *Ames et Visages du XXe Siécle* hay un testimonio vivo de las más poderosas inquietudes literarias de nuestro tiempo. —RICARDO A. LATCHAM.



«LA CHICA DEL CRILLÓN». Una novela social y humorística.

Como expresión estética de la vida, en el arte caben, en confluencia abigarrada y tumultuosa, las tendencias más contradictorias, las situaciones más inverosímiles, que siendo humanas adquieren el relieve de lo posible. Es en la subconsciencia del artista donde se forja su personal y exclusiva concepción de la realidad. El artista puede pintar rojo donde el ojo del profano advierte amarillo, porque el arte no es fotografía, reproducción exacta de lo que objetivamente tenemos por verdadero; y yerran crasamente los que con minuciosidad notarial amasan su subjetivismo con los elementos que la realidad les ofrece, sin alterarlos por la creación artística. Son los que copian el paisaje fielmente como para una guía del turismo. Los que pintan los caracteres tal cual se presentan en la vida, sin agregarles ni un rasgo caricaturesco ni un sello que los diferencie. Donde hay una nube, ven nada más que una nube; donde hay un hombre vulgar, lo es-